

---

## EL TURISMO: UNA PERSPECTIVA DE ANÁLISIS DESDE LA VIDA COTIDIANA

Autores:

Julia C. Gerlero (\*)

Demetrio Taranda (\*\*)

Facultad de Turismo

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad Nacional del Comahue

Buenos Aires 1400

(8300) Neuquén

Email: [jgerlero@uncoma.edu.ar](mailto:jgerlero@uncoma.edu.ar)

(\*) Licenciada en Turismo. Magister en Teorías y Políticas de la Recreación. Profesor Adjunto Área Ocio y Tiempo Libre. Departamento de Servicios Turísticos. Facultad de Turismo. Universidad Nacional del Comahue. Cátedras: Técnicas de Recreación; Programación de la Recreación Social.

(\*\*) Licenciado en Sociología. Profesor Asociado. Área Teoría Sociológica. Departamento de Ciencias Políticas y Sociales. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Comahue. Cátedras de grado: Teorías Políticas y Económicas; Sociología. Postgrado: Sociología de la Vida Cotidiana.



## RESUMEN

---

El presente ensayo propone resignificar al «turismo» abordando el estudio de la rutina en la «la vida cotidiana». El análisis del turismo en relación a la vida cotidiana, explicita aspectos encubiertos tal como -por ejemplo- la dimensión emocional de la rutina, evidenciando como la interrupción de las rutinas cotidianas es condición de posibilidad del disfrute del turista. El trabajo responde a un recorrido teórico que posibilita el análisis de los conceptos y su vinculación, a fin de superar interpretaciones que los articulan equivocadamente, tal el caso de confundir «vida cotidiana» con «rutina». De este modo, se incursiona en una mirada renovada de algunos conceptos primarios del turismo. Analizar -por ejemplo- la prestación de los servicios básicos turísticos en función de las implicancias que tienen en la transformación del «sujeto» en «turista». El recorrido conceptual instala al turismo como actividad recreativa; caracteriza la vida cotidiana en sus componentes de rutina y rutinización, redefiniendo finalmente la configuración de la situación turística, desde el «turista».

*PALABRAS CLAVE: Recreación - Vida Cotidiana - Rutina - Emoción - Turista - Situación Turística.*



Si bien lo cotidiano en un tiempo estaba signado -casi con exclusividad- por aquellas actividades vinculadas a garantizar la subsistencia, el desarrollo del mundo del trabajo, ha permitido la constitución de una cotidianidad vinculada a prácticas diferenciadas de las de ese tiempo laboral y obligado ocupando un tiempo que fue denominándose «libre» de la coacción del orden establecido. En este nuevo «tiempo», adquirió entidad la *recreación* «aquel conjunto de prácticas de índole social, realizadas colectiva o individualmente en el tiempo libre de trabajo, enmarcadas en un tiempo y un espacio determinados, que otorgan un disfrute transitorio sustentado en el valor otorgado y reconocido a alguno de sus componentes (psicológico; simbólico o material) al que adhieren como satisfactor del placer buscado los miembros de una sociedad concreta» (Gerlero, J. 2003). Es decir que la recreación compone un universo social de significados construidos y aprehendidos en la cotidianidad de un colectivo social determinado. El turismo como práctica responde a las características de la recreación aunque se presenta de una forma particular frente a otras prácticas pero como todas las actividades de recreación, el turismo es concebido y significado desde la misma cotidianidad.

Las diversas prácticas recreativas pueden representarse en el «Modo de Recreación» (Gerlero, J. 2003), dispositivo metodológico que analiza la complejidad de factores devenidos de las formaciones socioeconómicas concretas que permiten y a la vez constriñen la posibilidad del acto recreativo en una formación socioeconómica particular, en una cotidianidad particular. El «modo de recreación» refleja una realidad particular entre lo subjetivo y objetivo configurado en «habitus», en razón de que los factores que posibilitan y constriñen las prácticas recreativas, guardan una estrecha relación con las condiciones de vida de la sociedad y ejercen a la vez influencia en ella.

En el estudio del Modo de Recreación de una sociedad particular, es posible acceder por tanto, a la interpretación de algunos aspectos de las prácticas turísticas que ese conjunto social encare. El turismo es una práctica no escindida de la vida cotidiana, sino y por el contrario, su génesis -equivalente a la génesis del propio turista- está en el espacio-tiempo cotidiano, en ese conjunto heterogéneo de hechos, actos, objetos, relaciones y actividades que se presentan como un mundo en movimiento y que conforman la vida diaria de las personas. Forman parte de la cotidianidad: la familia, el trabajo, el sexo, los amigos, el cine, los viajes y las formas de diversión entre la diversidad de acciones que expresan diariamente nuestra historia subjetiva e individual. La vida cotidiana tiene para las personas el significado subjetivo de un mundo coherente, que se origina en sus pensamientos y acciones y se encuentra sustentado por éstos como una instancia real. Pero la vida cotidiana es sustancia histórico-social, no emerge de la dimensión subjetiva individual como supondría una mirada acrítica. En los grandes acontecimientos sociales, lo «histórico» sintetiza transformaciones que ya estaban presentes de manera subyacente en la supuesta naturalidad de los procesos rutinizados de nuestro acontecer diario. Las tendencias sobre cambios en los modos de producción o en los estilos de vida se expresan en lo cotidiano, antes de que se materialicen en los procesos complejos de transformación. La vida cotidiana conforma un ámbito de creación y construcción de la sociedad, dentro del cual se manifiestan y por tanto evidencian tendencias de cambio que se expresan también en el espacio emocional de las relaciones interpersonales.

En otro sentido, la cotidieneidad se estructura y organiza en función de una matriz ideológico-simbólica dominante, que a escala global configura el consumo social -incluido el consumo turístico- según el modelo de producción vigente. La publicidad penetra en todos los subsistemas de la vida cotidiana (el deporte, la política, el sexo, la moda, la recreación, el turismo) se apropia del deseo de los individuos y los induce a consumir la mayor cantidad posible de objetos materiales y simbólicos, como condición *sine qua non* para alcanzar un sentido de «felicidad» y «satisfacción individual».

El interés por el estudio de la Vida Cotidiana se ubica a partir de reconocer que es allí donde el sujeto se

constituye como tal; es en el proceso de socialización<sup>(1)</sup> en el que se incorporan las significaciones del mundo social -las de la realidad inmediata como las más remotas- mediante el ejercicio de resignificación que realizan quienes comparten el espacio y el tiempo cotidiano. Es justamente allí donde las personas producen y reproducen su existencia. La complejidad de las sociedades actuales da cuenta de una serie de organizaciones e instituciones que organizan, jerarquizan y sistematizan lo cotidiano. Por lo tanto, se reconoce que la cotidianidad de los colectivos de individuos se encuentra programada con el objetivo de consolidar y estructurar el orden social, o sea, también a través de ella se ejerce el poder.

La vida cotidiana es ese «todo» que se ha descrito, en el que el sujeto individual transcurre y que se aparece a éste en forma de «rutinas». Las rutinas de la vida cotidiana encierran dos aspectos de sentido dispares: uno, el del propio sentido inmediato que le otorgan los sujetos que la experimentan; y el segundo, se descubre al desnaturalizarlas desde una mirada crítica. Interesa desde esta última opción qué se entiende por rutina y cómo se construyen. En su acepción más simple, la «rutina» se relaciona con el «hábito», y designa en consecuencia regularidad en las formas de hacer, de actuar el sujeto en su vida social. Esa vida social, -para Giddens<sup>(2)</sup> (Giddens, A.; 1995:164)- ocurre en intersecciones de presencia y ausencia de los cuerpos en un tiempo y un espacio, y está constituida por ellos. La regulación del tiempo y el espacio, conlleva la rutinización necesaria para la reproducción social. Ambos, -tiempo y espacio- más que elementos participantes en el proceso de rutinización, «co-constituyen» la acción rutinizada del individuo. La constituyen no sólo como contexto, sino también como texto que organiza las acciones de los sujetos en las formas de ser y hacer. Las rutinas de la vida cotidiana se establecen tendencialmente en función de una actividad principal, aquella que se le presenta al individuo como «necesaria» y «obligatoria» para su reproducción y que afianza lo societal cotidiano<sup>(3)</sup>.

Ahora bien, las rutinas son para el individuo un marco definido para la acción. La repetición de trayectos, encuentros en el espacio-tiempo, acota las alternativas diarias de decisión frente a situaciones de similares características. Por la rutina, el sujeto tiene resuelto su accionar cotidiano, sin someterse a la tensión que provocarían decisiones constantes. La rutina genera una serie de posibilidades predecibles de acción propia y de los otros. Este sentimiento de seguridad y certeza para actuar que está sustentado en la «confianza básica», es lo que Giddens denomina «seguridad ontológica»<sup>(4)</sup> (Giddens, A.; 1995:399). La misma se expresa en la «autonomía de gobierno del propio cuerpo», dentro de rutinas predecibles. Es significativo por tanto la predictibilidad y continuidad que se pueda instaurar para el individuo en el marco de nuevos escenarios -por ejemplo el turístico-, a fin de resguardar su «seguridad ontológica».

En este sentido, la rutinización de las trayectorias de los sujetos en el espacio y en el tiempo se conformarán a partir de la reiteración de los desplazamientos de los cuerpos, realizados a la misma hora, por los mismos espacios y en situación de similares características. Estos mismos desplazamientos ordenan las interacciones en ambas dimensiones, y así es como las relaciones sociales pueden reproducirse<sup>(5)</sup>. Los sujetos sociales son expertos en el manejo de una serie de mecanismos para sustentar las rutinas y su «seguridad ontológica». Los mecanismos que sustentan las rutinas y su regulación -rupturas en las conversaciones, posicionamiento espacial, tacto, rituales de encuentro, etc.- en las interacciones regularizadas en tiempo y espacio, afecta la dimensión emocional del sujeto y se expresan a la vez desde ésta. Es decir que las rutinas cotidianas no son sólo «cognitivas sino que están imbuidas de una significación emocional», tal lo reconocen Lash y Urry<sup>(6)</sup> (Lash y Urry, 1998:64-65). Este impacto emocional de las rutinas deviene de las cristalizaciones de las interacciones que se producen en el espacio-tiempo; el individuo no sólo «conoce» cómo moverse y actuar en los espacios de desplazamientos cotidianos, sino que «siente» efectos en sus emociones en relación a los mismos espacios y sujetos que encuentra cotidianamente, lo que en conjunto le brinda la certeza y la seguridad para su ser y hacer. Ambas dimensiones -emocional y cognitiva- explican la rutina.

El análisis de Norbert Elías (Elías, N.; Dunning, E., 1992:125) del aspecto emocional de la rutina, aporta

diversos y valiosos elementos para completar lo expresado en el párrafo anterior. Elías define rutina como: «[...] los canales recurrentes de acción, impuestos por la interdependencia de unos y otros, y que a su vez imponen sobre el individuo un alto grado de regularidad, constancia y control emocional en la conducta y que bloquean otros canales de acción aún cuando correspondan mejor al estado de ánimo, los sentimientos y las necesidades emocionales del momento [...]». De acuerdo con esta definición, lo emocional en los procesos de rutinización está coloreado por la «interdependencia relacional», es decir que esta interdependencia entre sujetos establece el tono de las emociones presentes en la rutina. Es así como junto a la trayectoria reiterada de los cuerpos en el espacio-tiempo, se reiteran las interacciones de los individuos en condiciones de semejanza, lo que impone respuestas emocionales controladas por el marco de expectativas mutuas, obstaculizando la expresión espontánea y en mayor correspondencia con los estados de ánimo del sujeto en su momento presente. Esta interdependencia relacional se expresa en tramas de relaciones rutinizadas vinculadas fundamentalmente -aunque no en forma exclusiva- a los tiempos de trabajo o tiempos obligados. Es decir que el grado de rutinización también de las emociones puede variar, entre las prácticas laborales y las que se realizan en el tiempo libre. Éste último tiempo presenta algún grado de rutinización emocional aunque se reconoce sensiblemente menor que en el primero. Esto indica que son las actividades recreativas donde en mayor medida «la contención rutinaria de las emociones puede hasta cierto punto relajarse públicamente y con el beneplácito social» (Elías, 1986). O sea que el control emocional se aligera en las prácticas recreativas, el sujeto puede manifestarse más espontáneamente, la vivencia de libertad es más cercana. La ausencia de la necesidad de respuestas emocionales controladas por las interdependencias relacionales que impone la rutina vinculada al tiempo obligado facilita un mayor autocondicionamiento emocional en el tiempo libre recreativo. Asimismo, se destaca en lo recreativo una intencionalidad hacia la búsqueda de emociones agradables, es decir hacia la obtención de goce y de placer, de sentirse gratificado.

## SER TURISTA

---

San Martín García (San Martín García, J. E.; 1997:35) en su caracterización del turista anticipa que éste ha de sentirse «ajeno a su rutina diaria, ha de sentir que se encuentra temporalmente en un contexto diferente y desconocido, que pretende de algún modo conocer». Para algunos autores este estado de «sentirse turista» es atribuible a lo esotérico de la magia del turismo. Pero -y según explicamos en este trabajo- lejos de ser una «magia», esta «ajenidad» que vive el turista debe explicarse en la ruptura que él mismo establece con su rutina diaria. En la «situación turística» el sujeto queda desprovisto de sus escenarios de acción, así como del tiempo -en términos de horarios preestablecidos- para cumplimiento de su actividad principal -la laboral-, y de la interdependencia relacional que exigen las actividades diarias conexas en su conjunto. Estas tres dimensiones -*tiempo, espacio e interdependencia relacional*- son las que configuran la rutina en el lugar de origen. Como contrapartida, *el traslado, la satisfacción de necesidades básicas en el lugar de destino: alojamiento y alimentación, así como la actitud del turista en un contexto sociocultural «nuevo»*, serán los factores constitutivos de la «situación turística». Estos factores son los que en sus características y por contraposición con el lugar de origen determinan ese sentimiento de «ajenidad» que experimenta el turista.

El traslado -como factor fundamental-, la satisfacción de las necesidades de alimentación y alojamiento en el lugar de destino -consecuencia del traslado- y la predisposición del sujeto a la búsqueda de emociones agradables determinan la condición de «ser turista». En la actualidad, los tres primeros elementos mencionados han sufrido profundas modificaciones. En comparación con las sociedades premodernas, actualmente el sujeto no se mueve solamente en un entorno familiar sino que las posibilidades de encuentros con otros lejanos- más allá de

las características que éstos adquieran-, son múltiples. La movilidad o el traslado es uno de los ejes constitutivos de las prácticas turísticas que contribuye como ningún otro a la ruptura de la rutina. Traslado implica tiempo y espacio que se sintetizan en una distancia a recorrer. La percepción que del mismo se pueda tener difiere en función del medio de transporte que se utilice. «La convergencia de tiempo y espacio producida por «las tecnologías que salvan distancias» designa la disminución del tiempo necesario para moverse de un lugar a otro» (Lash y Urry, 1998). Así, la alteración de espacios puede ser inmediata -avión-, o más lenta, en los transportes terrestres tradicionales. Hoy, el traslado trae aparejado un rápido y a veces abrupto cambio de paisaje: las oposiciones quizás más generalizadas aunque de ninguna manera excluyentes son: urbano-naturaleza, urbano-urbano, urbano-rural. Pero, no sólo la alteración visual de los pares opositores mencionados introduce la ruptura, sino también la diferenciación estética y existencial respecto al lugar de residencia. La trayectoria entre escenarios contrapuestos en su diferenciación estética y existencial se conjugan para producir un sentimiento placentero de ajenidad.

Producido el traslado, y ya en el lugar de destino, se produce una modificación en las formas de satisfacción de las necesidades básicas. Los elementos y entorno que lo facilitan son diferentes a la cotidianidad que porta el turista. En la situación turística se impone la modificación de las variables externas al sujeto para satisfacer su necesidad de alimentación y descanso. El contexto físico para éste último puede variar desde un alojamiento hotelero, hasta una cabaña, camping, o bien realizarse en casa de parientes o amigos, pero lo definitivo es que no corresponde a su «rutina» espacio-tiempo internalizado. De igual modo, la alimentación presenta diferentes alternativas de satisfacerse, pero cualquiera de ellas corresponderá a escenarios distintos al lugar de residencia, con un entorno social diferenciado. Las trayectorias recurrentes en tiempo y espacio, y la interdependencia relacional regularizada, -factores constitutivos de las acciones rutinizadas de los sujetos-, han desaparecido.

Conviene considerar ahora la predisposición a actuar que tiene el turista en este nuevo escenario. Hablar de lo actitudinal en las prácticas turísticas, implica incorporar la dimensión de la subjetividad del sujeto. Al análisis de las dimensiones que determinan la configuración turística, se incorpora ahora un elemento que parte desde el propio individuo, y se constituye en un impulso de importancia para establecer el corte con lo rutinario: la predisposición del sujeto frente a la experiencia recreativa, la que conjuga la búsqueda del goce y del placer con lo cognitivo. Esta predisposición es la que se ve favorecida por la cancelación de las interdependencias relacionales que se produce en el escenario turístico, y que habilita la espontaneidad y expresión de las emociones en forma más relajada. A su vez, se reconoce que desde el mismo momento en que se inician los arreglos para el viaje turístico, todos y cada uno de los componentes de la experiencia son evaluados por el turista potencial a fin de obtener de ellos el máximo disfrute. Esta expectativa anticipa la vivencia turística y sitúa al individuo en un existencial imaginario de «desrutinización» en el lugar de destino.

El ámbito de las vacaciones como ámbito de la reproducción social, se identifica con una «orientación al presente» del tiempo social<sup>(7)</sup> (Lewis y Weigert; 1998). Las prácticas turísticas alientan a que el sujeto perciba que ese tiempo entre paréntesis -el tiempo vacacional- se ha detenido. Se vive el «aquí» y el «ahora». Las actividades desarrolladas en el destino (caminatas en el bosque, escaladas, visitas a museos, etc.), absorben tanto al participante que logran que éste vivencie que el tiempo se ha detenido, es ese y no otro, no hay un «para más adelante», y «no sabe si vuelve». Lo expresado, conforma aspectos y/o dimensiones de la recreación en su acepción más general. El disfrute y la búsqueda de satisfacción son inmediatas e inherentes a la actividad recreativa misma (Deppe Maclean, Carlos; 1967), es decir que no se produce un desplazamiento de expectativas hacia un resultado o hacia otro objeto. En lo recreativo debe existir, entonces, una «orientación al presente». Tal orientación se logra a partir de la confluencia tanto de las características atrapantes que posea la actividad, así como de la actitud del sujeto tal como lo estamos analizando.

La actitud del turista en tanto es predisposición al placer, al goce y lo novedoso, interpenetrado con las condiciones externas que conforman la «situación turística» contribuyen dialécticamente a romper con la rutina en

los aspectos de contención existencial que ésta ejerce. Esta predisposición sólo puede transformarse en acción en el escenario turístico cuando el turista evalúa rápidamente los nuevos parámetros de «seguridad ontológica» a los que asirse en el lugar de destino. En este sentido, vale recordar brevemente los distintos modos de generar estos parámetros que se dieron en la historia del turismo.

El riesgo al que conscientemente se enfrentaban los primeros turistas en masa, fue mediado por acciones meticulosamente planificadas -tal lo realizaba Thomas Cook- en sus «viajes organizados» en grupo, en destinos absolutamente programados, respondiendo en definitiva a los parámetros de «racionalidad y seguridad» imperantes en la modernidad temprana. En la actualidad, con una menor intermediación relativa de agentes de viajes, o a través de ellos, según el grado de desarrollo de los servicios turísticos, prevalece la confianza depositada en sistemas expertos de comunicación globalizados, esto es, publicaciones acreditadas, guías turísticas disponibles en todos los lugares y para todos los lugares del mundo, terminales con información accesible en el destino, etc. Hoy, estos sistemas expertos de información son los que reemplazan al «otro» en la generación de confianza, en la reconstrucción de marcos contenedores para la acción, permitiendo que no se resientan los esquemas de la «seguridad ontológica». Es decir que, frente a la predictibilidad de lo rutinario, la desrutinización que produce la situación turística, está contenida por los marcos de seguridad de los mediadores y de las mediaciones, facilitando las acciones del sujeto en el nuevo contexto sociocultural, y a su vez, acercándole la posibilidad de recrear sus emociones y la cognición-comprensión de lo nuevo en que se encuentra.

## CONCLUSIÓN

---

Entendemos que a partir del estudio de la vida cotidiana, como mundo de lo heterogéneo, de lo racional y a la vez de lo emocional, de lo diverso pero a la vez de lo rutinario, es posible acceder a la explicación y análisis de las prácticas de los sujetos en diversos espacios y temporalidades, por ejemplo, las vinculadas a la recreación y el turismo, que aparecen a la mirada de una observación ingenua como escindidas de la misma.

La perspectiva de análisis del turismo desde la vida cotidiana permite identificar la direccionalidad y el sentido que los individuos imprimen a sus vivencias recreativas en función de que éstas se gestan en la estructura social que cotidianamente los contiene. El sentido y la direccionalidad de las prácticas recreativas se sustenta en el «modo de recreación» que tenga la sociedad de origen del turista como mundo simbólico. Es así como consideramos que el análisis de las rutinas de la vida cotidiana facilitan la interpretación del sujeto «turista» en el espacio-tiempo vacacional, aportando significados para la interpretación del turismo en general.

Cabe reafirmar entonces que la ruptura o cancelación de la rutina es inherente a la «situación turística», y se produce a partir de los factores constitutivos del turismo. Destacar este aspecto es revalorizar al turismo como práctica recreativa desrutinizadora. Al atribuir al turismo la propiedad de cancelar -aunque temporalmente- la rutina cotidiana, se manifiesta con nitidez la potencialidad que esta práctica encierra. El turismo ofrece al turista la posibilidad de experimentar una mayor autonomía, conciencia de libertad, y expresión espontánea de las emociones, condiciones necesarias para acceder al disfrute. Estas condiciones le otorgan al turismo preeminencia por sobre otras actividades recreativas.

El artículo intentó caracterizar teóricamente las proposiciones enunciadas en los párrafos precedentes a fin de establecer que las investigaciones empíricas de temáticas turísticas no tienen que descuidar el estudio de la vida cotidiana. Entender al «turista» desde su vida cotidiana se hace indispensable para explicar al turismo desde una perspectiva amplia.

## NOTAS

- (1) Ver Berger y Luckmann: « La construcción social de la realidad». Amorrortu, Bs. As, 1972.
- (2) Giddens define rutinización como: «El carácter habitual, y que se da por supuesto, del grueso de las actividades de una vida social cotidiana; la prevalencia de estilos y formas familiares de conducta que sustentan un sentimiento de seguridad ontológica y que reciben sustento de éste».
- (3) Ágnes Héller considera la significación heterogénea y jerárquica de la vida cotidiana. La jerarquía se modifica de modo específico según las estructuras económico-sociales; de allí que la actividad principal en torno a la cual se organiza la vida cotidiana varíe, por ejemplo, entre la producción y el trabajo, la actividad social y contemplativa, entre otras formas que se han identificado en diferentes culturas a lo largo de la historia.
- (4) Giddens define «seguridad ontológica», como: «certeza o confianza en que los mundos natural y social son tales como parecen ser, incluidos los parámetros existenciales del propio ser y de la identidad social».
- (5) La referencia a la concepción de rutina en Giddens, no se agota en lo expuesto; se reconocen de importancia conceptos tales como «conciencia práctica», «conciencia discursiva», así como la serie de mecanismos que sustentan las rutinas, y otros que no se desarrollarán aquí. El lector podrá consultar la bibliografía citada.
- (6) Los autores reconocen un doble anclaje de la «conciencia práctica» de Giddens en lo emocional y cognitivo.
- (7) De los niveles del tiempo social propuestos por Lewis y Weigert.

## BIBLIOGRAFÍA

---

- Elías, N; Dunning, E.: «Deporte y ocio en el proceso de civilización». FCE, Madrid, 1992.
- Deppe Maclean, Carlos: «Recreation in American life». Indiana University. California, EE.UU, 1967.
- Gerlero, Julia: «El modo de recreación. Aporte teórico para el estudio de la recreación». Tesis de la Maestría en Teorías y Políticas del Tiempo Libre y la Recreación. Facultad de Turismo, UNCo, 2003.
- Ágnes Heller: «La Revolución de la Vida Cotidiana». Península, Barcelona, 1994.
- Giddens, A.: «La constitución de la sociedad». Amorrortu, Bs. As, 1995.
- Lash - Urry: «Economías de signos y espacios». Amorrortu. Bs. As, 1998.
- Lewis y Weigert: «Estructura y significado del tiempo social». En Ramón Ramos Torres (comp.), Tiempo y sociedad. CIS - Siglo Veintiuno, Madrid, 1998.
- Lindón, Alicia. Coordinadora: «La vida cotidiana y su espacio-temporalidad», Anthropos, México, 2000.
- Reguillo, Rossana: «La clandestina centralidad de la vida cotidiana». En Lindón, Alicia (coord.) La vida cotidiana y su espacio-temporalidad, Anthropos, México, 2000.
- San Martín García, J. E.: «Psicosociología del ocio y el turismo». Ediciones Aljibe, Málaga, España, 1997.

